

Lope de Azuero y Matusalén Anarkos

Escribe: VICENTE PEREZ SILVA

En la anterior entrega de este Boletín dimos a conocer las cartas mediante las cuales, Eduardo Castillo y Guillermo Valencia, de conformidad con sus conocimientos y criterios literarios, discreparon mutuamente de sus respectivas traducciones del **Museo Secreto** del poeta y novelista francés Teófilo Gautier.

En esta ocasión, reproducimos la polémica sostenida entre Don Lope de Azuero y Don Matusalén Anarkos, seudónimos que corresponden a los nombres de Tomás Márquez y Guillermo Valencia. Según tenemos conocimiento, el primer seudónimo se mantuvo por algún tiempo en el más absoluto secreto y no pocas personas lo adjudicaron al binomio Marco Fidel Suárez-Tomás Márquez. Al fin, como tenía que ocurrir, se reveló el nombre oculto en el misterioso seudónimo y que había despertado tantas conjeturas.

El escritor Javier Arango Ferrer, acerca de este sonado episodio de nuestro discurrir literario, anota lo siguiente:

“En noviembre de 1920 apareció en dicho diario (**Gil Blas**) el famoso Don Lope de Azuero, con sus ademanes de Conde de Montecristo, para castigar los pecados de hurto y otras cojeras líricas en que, según él, incurrieron algunos poetas centenaristas. Este diablo cojuelo con visos de caballero andante, merodeaba por las plazas mayores de nuestra literatura, esgrimiendo contra las estatuas armas menos nobles que la lanza de Don Quijote. ¿Quién era Don Lope de Azuero? En el ambiente aldeano de aquellos tiempos se guardó sigilosamente el secreto, y la identidad del misterioso personaje dio pábulo a las más variadas fantasías. Se decía, entre las muchas hipótesis, que Don Lope era una capilla literaria de zoilos, unidos bajo el alegre signo de

Baco, en turno riguroso para salir por los caminos en busca de reputaciones literarias.

“Basta repasar las cuatro embestidas de este bisonte de la crítica para intuir que bajo su nombre se ocultaban dos escritores o dos modalidades. En las dos primeras, contra Marín y Castillo, aparece un crítico versado en filología, un Boileau de la preceptiva, dueño además de vasta erudición literaria como para descubrirle las aleluyas y los abrevaderos al más ladino. La proyección del crítico en las semblanzas de Rasch Isla y de Rivera es muy otra. La técnica de analizar las estructuras poéticas o de referir las influencias, con tan sádica sabiduría, no aparece en esta faz de Don Lope. El anterior, clásico por formación y clasicoide por gusto literario, no hubiese elogiado con tan efusivo estilo romántico las cualidades literarias, especialmente de Rasch Isla. Pero he aquí que el de Azuero encontró en Guillermo Valencia, no propiamente las aspas del molino, sino los brazos vengadores del gigante. En su nube, ha de estar molido aún por la paliza que le asestó el Maestro desde **Universidad** (sic.), en la página más densa y en la prosa más alta de su portentosa vida literaria. Descanse en paz Don Lope de Azuero, quien fue en nuestra literatura lo que Don Lope de Aguirre en nuestra historia”.

A raíz de la publicación del poema **La tristeza de Goethe**, en la revista **Cromos** (Bogotá, enero 15 de 1921), Don Lope de Azuero arremetió contra Guillermo Valencia, quien le respondió con dos cartas que aparecieron en la revista **Popayán** (números 113 y 114 del mismo año). En esta ocasión, según conceptos de Rafael Maya y Silvio Villegas, el Maestro Valencia escribió la más alta página estética que se haya dado en Colombia.

Benigno Acosta Polo, en su obra **La poesía de Guillermo Valencia** (Barranquilla, 1965), escribe sobre el particular:

“Las dos extensas epístolas compendian un tratado de sabiduría universal. La oceánica cultura de Valencia, sumada a su envidiable talento artístico y dialéctico, le permitió moverse, con denuesto y señorío, por los predios de la historia, la arqueología, la preceptiva, la filosofía y hasta las artes castrenses, con estilo brillante y quevedesca mordacidad. Todo ello, al servicio de la estética literaria, sin cuya familiaridad cualquier crítica es incompleta”.

Dicho lo anterior, allegamos algunos datos biográficos de quien no tuvo a menos enfiar su pluma contra un personaje de cimero prestigio intelectual. Cabe recordar que quince años antes lo había hecho, en igual tono, D. Antonio de Valmala en sus **Ripios Colombianos** (Bogotá, 1906). Y como dato curioso también conviene recordar que, en 1916, el Maestro Valencia había concedido un importante reportaje a su futuro contendor.

Tomás Márquez Bravo (1890 - Medellín - 1940), se distinguió como escritor, ensayista, poeta y político; pero más que todo sobresalió en el campo periodístico. Cuando adelantaba estudios en el colegio de los jesuitas, a la edad de ocho años fundó un periódico en compañía de algunos de sus condiscípulos. Ocho años después empezó a escribir en **La Patria**, periódico dirigido por el general Juan Pablo Gómez. Con José Velásquez García (Julio Vives Guerra) fundó el **Diario de Medellín**; posteriormente fue director de **La Nación** y colaboró en varios periódicos, principalmente, en **El Espectador**, **El Correo Liberal**, **El Sol** y **El Liberal** del general Rafael Uribe Uribe, de quien fue su secretario privado. En la capital de los Estados Unidos dirigió un periódico en inglés y tradujo, con el Dr. Alejandro López, la obra titulada **Educación Verdadera** de Paul Gaultier.

En Bogotá fue profesor de Derecho Internacional y desempeñó las secretarías del Senado y del Ministerio de Obras Públicas. Fue también visitador fiscal de la República y visitador de consulados en Sur América; y luego, edecán del Presidente Marco Fidel Suárez. En 1918, en cumplimiento de una comisión especial, inspeccionó las obras del camino de Pasto a Puerto Asís y, por vía fluvial, recorrió las regiones del Putumayo y del Amazonas, con miras al mejor desarrollo de la navegación. De este emprendimiento da cuenta el interesante libro del misionero Gaspar de Pinell **Un viaje por el Putumayo y el Amazonas: ensayo de navegación** (Bogotá, 1924).

Sabemos, así mismo, que el Dr. Márquez tuvo amplios conocimientos en astronomía, matemáticas, idiomas y literatura. “Pero donde Márquez mostró más erudición —escribe José Solís Moncada— fue en las críticas firmadas por Lope de Azuero. Bajo este nombre figuraron dos individuos y uno de ellos fue Márquez, confesión que él mismo nos hizo”.

Tomás Márquez es autor de la novela **Impresiones de Jaime Kendel** (Manizales, 1934); **La cartera de Andrés** (colección de artículos cortos) y **La tierra inmóvil** (Medellín, 1963).

Pocos jóvenes —escribía L. E. Nieto Caballero en 1918—, entre nosotros, han trabajado tanto como él en la ornamentación de su espíritu. Ha sido de una avidez para la cual nada es extraño. Desde la fatigante labor de aprender sin maestro varios idiomas, la complicada de estudiar nuestras cuestiones internacionales y la árida de profundizar en finanzas, hasta la amena de bucear en las ondas de nuestra patria historia y la incomparablemente bella de hundirse en la naturaleza, gustar delicadas sensaciones, perderse en las nubes de la filosofía y sentir los deliquios del amor, para cantarlo todo en una prosa robusta o en versos inquietantes, por cuanto en alguna forma interesa a los seres ha paseado Márquez su curiosidad inteligente”.

En cuanto a los datos biográficos de Guillermo Valencia, figura suficientemente conocida hasta ahora en el mundo de las letras, nos remitimos a los consignados en el número anterior de este **Boletín**, con la aclaración que el año de nacimiento no es el de 1870 como allí aparece, sino 1873.

Veamos, pues, estas páginas de añeja controversia que sin duda alguna marcaron un hito en el acontecer de las letras colombianas. No obstante el tiempo transcurrido, creemos que no han perdido su entero valor.